

VIVIR SOBRE LA RAYA. MÉXICO TRIPLEMENTE FRONTERIZO
EN *TU CABELLO ES LA FRONTERA* DE J. JESÚS ESQUIVEL*LIVING ON THE STRIPE. MEXICO TRIPLESSLY BORDER IN *TU CABELLO ES
LA FRONTERA* BY J. JESÚS ESQUIVEL

MARAVILLAS MORENO AMOR

Universidad de Murcia

<https://orcid.org/0000-0002-7912-7551>

maravillas.moreno@um.es

Recibido: 01.09.2021

Aceptado: 07.03.2023

RESUMEN: El periodista mexicano J. Jesús Esquivel crea con *Tu cabello es la frontera* (2019) una novela atmosférica, por momentos etnográfica, que nos permite reflexionar sobre el discurrir de la existencia en un territorio de frontera: Ciudad Juárez. El principal valor narrativo de la obra no se encuentra en su trama concreta, es decir, en la historia de vida de cada personaje, sino que, al tratarse de un relato de costumbres, de una radiografía social, los personajes son capaces de ser representativos tipológicamente de una realidad todavía inhóspita y dominada por la exclusión, aquella que ha dado narrativamente lugar al surgimiento de subgéneros como la literatura de frontera. De esta forma, la lectura de la novela, al menos como acercamiento, sirve para la comprensión de los significados en disputa y de las condiciones ambientales que vinculan el quehacer diario de los juarenses y la propia percepción de Ciudad Juárez a uno y otro lado de la frontera. Más allá de la dicotomía discriminatoria que clásicamente se ha trasladado al imaginario colectivo entre este territorio y "El Chuco", el autor muestra esas otras dos líneas fronterizas determinantes en la configuración identitaria de los juarenses: la que divide el norte del resto de México y la que difusamente separa la legalidad de la ilegalidad, dando origen, a su vez, a un orden alternativo "paralegal" de regulación específica. Así, desde lo prohibido a lo legal, desde lo lícito a lo ilícito, desde lo propio a lo extraño, México se nos presenta como un sujeto triplemente fronterizo.

* El presente trabajo es resultado de la Ayuda predoctoral FPU del Plan Propio de Investigación de la Universidad de Murcia.

PALABRAS CLAVE: México, literatura de frontera, Ciudad Juárez, desplazamiento, violencia

ABSTRACT: The Mexican journalist J. Jesús Esquivel creates with *Tu cabello es la frontera* (2019) an atmospheric novel, at times ethnographic, that allows us to reflect on the flow of existence in a border territory: Ciudad Juárez. The main narrative value of the work is not found in its concrete plot, that is, in the life story of each character, but rather, being a tale of customs, a social radiography, the characters are able to be typologically representative of a reality still inhospitable and dominated by exclusion, that which has narratively given rise to the emergence of subgenres such as border literature. In this way, the reading of the novel, at least as an approach, serves to understand the meanings in dispute and the environmental conditions that link the daily activities of the people of Juárez and the perception of Ciudad Juárez itself on both sides of the border. Beyond the discriminatory dichotomy that has classically been transferred to the collective imaginary between this territory and "El Chuco", the author shows those two other border lines that are determinant in the identity configuration of the people of Juárez: the one that divides the north from the rest of Mexico and the one that diffusely separates legality from illegality, giving rise, in turn, to an alternative "paralegal" order of specific regulation. Thus, from the forbidden to the legal, from the licit to the illicit, from the proper to the foreign, Mexico presents itself as a triple border subject.

KEYWORDS: Mexico, Border Literature, Ciudad Juárez, Displacement, Violence



No me critiquen
porque vivo en el otro lado,
no soy un desarraigado,
vine por necesidad.

Canción popular "El otro México",
Tigres del Norte

1. LA "NOCIÓN DIALÉCTICA" DE FRONTERA

Aunque es esencial para nuestros planteamientos establecer preliminarmente una definición meridiana del término "frontera", la respuesta no es nada sencilla, puesto que no podemos atribuirle una esencia que sea válida en todo momento

y en todos los lugares, para todos los espacios físicos y temporales a la vez y que incluya todas las actividades individuales y colectivas (Balibar 2002: 75). Étienne Balibar, no obstante, entiende esta complejidad como una clara oportunidad para comprender el mundo inestable y voluble en el que vivimos a través de lo que llama "nociones dialécticas" en tanto que no comprende la misma situación cruzar la frontera entre Francia y Suiza o entre Suiza e Italia teniendo un pasaporte europeo que cuando tu pasaporte fue expedido por la antigua Yugoslavia (2002: 75). En este sentido, la frontera está presente de forma física de múltiples maneras cuando dos o más culturas entran en contacto en el mismo territorio, cuando la estratificación social es muy notoria e, inclusive, cuando dos personas comparten su intimidad y su espacio personal se hace más pequeño (Anzaldúa 2016: 35).

Lo cierto es que, aunque tradicionalmente la frontera se ha entendido como zona limítrofe o línea imaginaria divisoria entre territorios de diferente soberanía (Garduño 2003), lo que caracteriza precisamente una región fronteriza son sus especiales condiciones sociales, en las que prima, generalmente, la violencia, el rechazo al "otro", la desigualdad social y económica y, por tanto, las oportunidades de quienes escapan de lo "normal": "los bizcos, los perversos, los *queer*, los problemáticos, los chuchos callejeros, los mulatos, los de raza mezclada, los medio muertos; en resumen, quienes cruzan, quienes pasan por encima o atraviesan los confines de lo 'normal'" (Anzaldúa 2016: 42).

Con todo, debería mantenerse una postura crítica a la hora de asumir por completo ciertos elementos como referentes hegemónicos para la categorización de los espacios fronterizos, especialmente cuando nos referimos a la cuestión de la violencia o de la supuesta levedad moral y su relación estereotípica con la "leyenda negra". Sobre la específica presencia de esta "leyenda negra" en la frontera norte de México ha indagado Cota-Torres (2008) a propósito del ejercicio que Luis Humberto Crosthwaite emprende en "Todos los barcos", narración que forma parte de su libro *Estrella de la calle sexta*. Resalta Cota-Torres la "complicidad de Estados Unidos en la construcción real e imaginaria de esta zona" por cuanto lo exótico como otredad precisa de una condición "hiperbolizada", que en este caso es una peligrosa mezcla de lo americano y lo indígena (Cota Torres 2008: 108). Asumiendo este debate, y como posición autoral frente a la Tijuana maltratada y señalada como "ciudad del desarraigo", "lugar de paso" o "paraíso para el capital extranjero", Crosthwaite propone tanto en *Estrella de la calle sexta* como en *Instrucciones para cruzar la frontera* un decidido ejercicio de resignificación para que la ciudad deje de ser "un escenario pintoresco que despierta morbo" (Torres Sauchett 2011: 11-12).

Pero es que las fronteras tienen una historia. El propio término de frontera tiene historia (Balibar 2002). Para los habitantes del siglo XXI, una frontera es, a grandes rasgos, "una línea divisoria, una raya a lo largo de un borde empinado" que supone la instauración de un territorio "vago e indefinido creado por el residuo emocional de una linde contra natura" en "un estado constante de transición" y cuyos habitantes "son los prohibidos y los baneados" (Anzaldúa 2016: 42). Desde la Antigüedad más lejana, desde el origen de la acepción más tem-

prana de “Estado”, han existido maneras de referir lingüística y conceptualmente la situación de confrontación o contacto que implica lo fronterizo, aunque no hayan tenido, evidentemente, la misma codificación. El étimo griego *horus* y los latinos *limes* o *finis* ya hacían referencia a la idea de “confín” o “periferia” que hoy se mantienen en esencia. Estos términos que actualmente vinculamos al nuestro “frontera” establecían la oposición *poleis / barbaroi* para los griegos y *cives / externae gentes* para los latinos y, por tanto, se relacionaban más con la idea de ciudadanía que con la de territorio político que hoy nos resulta intrínseca a su significación.

Como poderoso sitio de invención retórica y de control del poder productivo, las fronteras han sido tradicionalmente espacios donde la violencia y la discriminación han encontrado un terreno fértil. La legendaria historia de Rómulo y Remo —y la perpetuación del fratricidio que supuso la delimitación de la tierra como propiedad privada ya en las sociedades rituales (Mezzadra y Neilson 2017: 11)— inicia una tradición que ha legado una imagen popular de frontera limitada a los mapas y a la división por colores de los márgenes territoriales que recientemente se está viendo resentida. De hecho, lejos de ayudar a organizar y cartografiar un mapa claro y estable del planeta, las fronteras generan la recombinación constante de tiempos y espacios, de culturas e imaginarios, que rompen cualquier pretensión de establecer un orden en mitad del caos:

La representación cartográfica moderna y los dispositivos institucionales de la frontera como una línea —primero en Europa y, luego, globalizada a través del torbellino del colonialismo, el imperialismo y las luchas anticoloniales— han oscurecido, de algún modo, esta complejidad y nos han conducido a considerar a la frontera como algo literalmente marginal. Hoy, estamos siendo testigos de un profundo cambio en relación a esta cuestión. (Mezzadra y Neilson 2017: 11)

Si bien esta tradición se consolidó según Rodríguez Ortiz durante los principales feudales del siglo ix en el Imperio Carolingio (que supusieron el preludio de lo que hoy comprendemos por “territorios políticos”), cuando la tierra adquirió un carácter patrimonial y, por tanto, administrativo —sin que, no obstante, todavía se pudieran entender como “entidades políticas plenas”— (2014: 16). Será, por tanto, a partir de la conformación de los Estados-nación modernos que el poliédrico término frontera comenzará a cobrar importancia y a obtener matices. La caída del Estado absolutista con la derrota del Imperio napoleónico (1815) supone para Occidente la consideración de las fronteras en términos de delimitación ya no solo territorial, sino estratégica, política y diplomática para garantizar la plena jurisdicción del Estado sobre el territorio (Rodríguez Ortiz 2014: 18).

Tal y como señala Rodríguez Ortiz (2014), la primera vez que aparece esta voz —*frontier*— en una investigación occidental será a finales del siglo xix, cuando Frederick J. Turner lo empleará para remarcar las diferencias entre europeos y los americanos. A este respecto, más allá de zonas liminares físicas —naturales o artificiales—, las fronteras son actualmente mecanismos de control político y

nacional para definir los lugares seguros frente a los que no lo son (Anzaldúa 2016; Chávez 2012). Tanto es así que Rodríguez Ortiz, por su parte, establece en su categorización un tipo muy específico vinculado a esta concepción: las fronteras de la securitización, que se deducen de “la necesidad de resguardar el territorio de los ‘bárbaros’, ‘terroristas’ o ‘migrantes sin papeles’” (2014: 19). Por tanto, además de ser aparatos de construcción y de delimitación, se entienden también en términos de regulación social.

Con una historia de significados cambiantes, sobre todo durante el último siglo —invocado como término geográfico para delimitar territorios, como expresión política de la soberanía nacional o como marcador de estatus de la ciudadanía— la Historiografía, la Geografía, la Antropología, la Filosofía, la Sociología e, incluso, la Literatura han tratado de ampliar las acepciones que tradicionalmente se habían ofrecido del término “frontera” con base en su categorización exclusivamente política (DeChaine 2012: 1). Este renovado interés en su conceptualización abre nuevas expectativas de carácter muy diverso —materiales, afectivas e, incluso, performativas—, logrando que el alcance discursivo de la “frontera” se extienda de este modo desde los debates sobre inmigración a las discusiones sobre seguridad nacional, desde los tribunales hasta las aulas (DeChaine 2012: 1) pasando por los estudios culturales y los debates poscoloniales.

2. “ESE OTRO MÉXICO DENTRO DE MÉXICO”. LA POSICIÓN DE LOS MEXICANOS EN UN MUNDO QUE LOS (DE)LIMITA

A pesar de que, como decíamos anteriormente, si ponemos el término frontera “bajo borrado” —el *sous rature* derridiano—, son tantas las categorizaciones y aspectos de la vida cotidiana en el mundo los que suponen frentes fronterizos, nos proponemos revisar tres tipos de fronteras que cada día (de)limitan y condicionan la vida de los mexicanos a través del análisis de la novela de Esquivel *Tu cabello es la frontera*: por una parte, una frontera externa —que supone la conflictividad con Estados Unidos—; en segundo lugar, una frontera interna —que marca el eje Norte-Centro-Sur del país hasta el punto de que parecen territorios cultural y socioeconómicamente diferenciados— y, por último, una frontera local —aquella que marca la marginalidad, la que difiere en el eje legalidad-ilegalidad—.

Dentro de este triple orden fronterizo, Juárez se convierte en el verdadero “personaje total” de la novela. En ella se materializan estos “transterritorios”, pues, tan finas como las hebras de cabello del título, las fronteras entre el bien y el mal, entre una nación y otra, entre lo legal y lo ilegal se difuminan y marcan ciertas identidades confusas o fluidas. Debido a su importante papel en la Revolución Mexicana y lo que ha supuesto en las relaciones con Estados Unidos, la historia ha convertido a Ciudad Juárez en una de las ciudades más “trastocadas” por el crimen organizado. En la nota del autor, Esquivel se refiere a una pretensión de “retratar a través de la ficción la frontera norte del país” (Esquivel 2019a: 388). Pese a que presenta espacios reales, figuras históricas y políticas relevantes —a los que a menudo les cambia el nombre— y sucesos que marcaron su

devenir, el Juárez de la novela no se inserta en un cronotopo preciso, sino que evoca tiempos y espacios que no concuerdan con los eventos y los sucesos presentados. Esta disonancia espaciotemporal se convierte en un punto esencial del texto y es que a la particular articulación del cronotopo subyace una voluntad narrativa de descripción general de la cuestión por encima del reflejo particular de un momento histórico o político. Su representación dinámica como laboratorio en la efervescencia de las articulaciones culturales que se gestan ayuda al lector a comprender que existe en el norte del país un otro México —dentro de México— que “desconocemos los de la región del centro y que, a la inversa, también los norteños desconocen” (Esquivel 2019b).

La situación transfronteriza entre Estados Unidos y México históricamente ha generado convulsión en sus relaciones diplomáticas pese a los “constantes intentos por parte de los Estados Unidos de mantener al otro (al mexicano pobre) del lado de su frontera” (Rincones 2004: 62). En efecto, aunque esta primera frontera externa es motivo de debate en el panorama internacional casi diariamente —especialmente desde que el trumpismo se hizo con la presidencia de Estados Unidos—, ya desde sus inicios como territorios políticos independientes durante el siglo xvi la frontera entre ambos países ha sido una zona muy disputada, marcada por insondables asimetrías en lo económico, lo lingüístico y lo cultural: “Probablemente en ningún lugar del mundo vivan, lado a lado, dos países tan diferentes como México y Estados Unidos. [...] Probablemente en ningún lugar del mundo dos vecinos se entiendan tan poco” (Riding 1985: 11). A ambos territorios los divide el Río Bravo de forma natural, pero será en la frontera artificial, en las aduanas y los controles de seguridad, donde exista el verdadero conflicto que marca la diégesis de la novela y que determina la vida de miles de mexicanos que diariamente “viven, en todos los sentidos, sobre la raya” buscando medrar económicamente (Esquivel 2019a: 389):

Cuando se enfrenta a su vecino del norte, la historia le ha enseñado a México que tiene pocas defensas. La continuidad con Estados Unidos ha producido un trauma psicológico permanente. México no puede aceptar el hecho de haber perdido la mitad de su territorio a manos de Estados Unidos, que Washington intervenga constantemente en sus asuntos políticos, que Estados Unidos tenga asido su economía y que haya cada vez una mayor penetración cultural por parte del estilo de vida estadounidense. (Riding 1985: 376)

Mediante la línea fronteriza que comparten México y Estados Unidos, entran en contacto, en la distribución territorial actual, veinticinco condados norteamericanos —pertenecientes a los estados de California, Arizona, Nuevo México y Texas— y treinta y cinco municipios mexicanos pertenecientes a los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas (Rincones 2004: 65). Sin embargo, como remarca Riding en la cita anterior, México no perdona a Estados Unidos que en 1847 invadiera militarmente los territorios de California, Arizona, Nuevo México y Texas y los anexionara a su jurisdicción por una “cantidad irrisoria” en compensación (Rincones 2004: 66). Desde entonces las rivalidades históricas interterritoriales —o más bien transterritoriales, por la

connotación de dinamismo que conlleva— funcionan a modo de artefacto cultural que influye en la visión de sí mismos y de los otros para ambas partes:

Soy una mujer de frontera. Crecí entre dos culturas, la mexicana (con una gran influencia indígena) y la angla (como miembro de un pueblo colonizado en nuestro propio territorio). Llevo encabalgada sobre esa frontera *tejano*-mexicana, y sobre otras, toda la vida. No resulta un territorio cómodo en el que vivir, este lugar de contradicciones. Los rasgos más sobresalientes de este paisaje son el odio, la ira y la explotación. (Anzaldúa 2016: 35)

En los últimos ciento setenta años, México ha percibido una creciente subordinación respecto de Estados Unidos: “en el siglo xix, perdió la mitad de su territorio a manos de su vecino del norte; en el siglo xx, se ha vuelto dependiente, en términos económicos” (Riding 1985: 11). La efervescencia que supone la vida en un territorio marcado históricamente por la conflictividad entre dos naciones, por el choque entre dos culturas y dos mundos socioeconómicos, se retrata magistralmente en la novela de Esquivel. Entre las páginas hay una crítica que se reitera vez tras vez al afán migratorio de las cadenas de mexicanos que arriesgan la vida —y la libertad— por llegar a El Paso —El Chuco, como ellos lo llaman—. Este proceso migratorio va acompañado inexorablemente de estigma, de violencia y de discriminación, lo que dificulta sus oportunidades de supervivencia. Paradójicamente, los personajes de la novela de Esquivel ven en la impenetrabilidad de “el muro” un objetivo ineludible, una oportunidad refulgente y realizan una travesía que tiene lugar en dos tempos y que genera dos consecuencias. Tales desplazamientos se realizan en dos flujos y dos tempos, del sur al norte, en primer lugar, y del norte a Estados Unidos. La primera odisea de estos migrantes será llegar al norte, a ciudades como Juárez, que se convierte en una “ciudad de etapa”:

Ciudad Juárez fue un pueblo grande, tranquilo, punto de paso para miles de personas que llegaban de cualquier zona de México a buscar empleo por unos cuantos días hasta familiarizarse con el lugar, juntar el dinero necesario para pagar los coyotes o polleros a fin de cruzar como indocumentados la frontera, llegar a El Paso y de ahí irse a cualquier otra ciudad de ese país que ofrecía dólares. (Esquivel 2019a: 7-8)

Se retrata así el norte en su pleno desarraigo. Por las calles de la colonia Mariano Escobedo “caminaba mucha gente del sur: migrantes que estaban de paso pensando en Estados Unidos y que se habían gastado todo el dinero que tenían para hacer el viaje hasta la frontera” (Esquivel 2019a: 44). Estas familias se ven obligadas, a menudo, a sufrir vejaciones durante su camino al norte y más tarde a mendigar en estos territorios norteños hasta que aparece la oportunidad de cruzar al otro lado: “Fue en el patio donde por primera vez escuchó que a muchas mujeres, jovencitas y niñas que llegaban a Juárez procedentes del sur las violaban por el camino” (Esquivel 2019a: 46). En este sentido, Esquivel (2019b) aseguraba en una entrevista que ofreció para la revista *Proceso* que las circuns-

tancias que ofrece la frontera son algo singulares e impiden que se genere, precisamente, arraigo por la volubilidad e inestabilidad de las relaciones y procesos que allí se generan —marcadas por el dinamismo de la vida fronteriza—. Contrasta, sin embargo, la familia Campos Robles, quienes, además, reniegan del sueño americano que cada día persiguen cientos de personas de todo el país y encuentran, como migrantes, en la frontera un lugar donde echar raíces. La condición de zona de paso podría apresurarnos a declarar que existe una imposibilidad para la constitución de una identidad propia que distinga a estos espacios de sus adyacentes. A pesar de ello, la existencia de esta familia demuestra que las zonas fronterizas pueden tener una esencia que supere su simple naturaleza intermedia, indefinida, entre dos mundos y, con esto, se forman como un mundo en sí, por encima de la inferencia identitaria que las realidades que aprisionan las tierras fronterizas realizan sobre ellas: “Los hijos de don Beto y doña Maurita no sentían la menor atracción por Estados Unidos y menos por El Paso”, para ellos, “Estados Unidos era su patio de enfrente; les valía madre que los gabachos y su gobierno consideraran a Juárez y todo México como su patio trasero” (Esquivel 2019a: 10-11).

Una vez superada “la etapa nortea”, los migrantes que han logrado juntar “el dinero suficiente para pagarle al coyote que los cruzaría al otro lado” abandonan Juárez y demás territorios de frontera en busca de la prometida mejor vida. Se elabora así en las páginas de la novela una desmitificación del sueño americano: “Para Carolina era un enigma esa obsesión de la gente que a fuerza quería irse a Estados Unidos. [...] A menos aquí en su país son libres. Allá se la pasan escondiéndose de la migra, no son libres ni de salir a la calle. Sí, ganan dólares, pero viven como ratones” (Esquivel 2019a: 47).

Por lo tanto, estos dos flujos migratorios (sur-norte, norte-Estados Unidos) componen dos consecuencias que determinan todo el proceso. En nuestro imaginario, la migración se relaciona con escenas como el salto de la valla de Melilla, los naufragios en el Mediterráneo o el control en las aduanas de El Paso, referentes todos ellos en clara conexión con el concepto de “necropolítica” propuesto por Mbembe (2006) como discusión al término foucaultiano de “biopoder”. No obstante, su significación es mucho más amplia: es la travesía. La migración, entonces, es un movimiento también “intrafronterizo”, esto es, que se produce no solo “hacia fuera” de la frontera, sino dentro de sus remarcados límites.

No cabe duda de que la existencia de estas fronteras dentro de las propias fronteras ha producido que se hable de “ese otro México dentro de México” que separa en todos los aspectos el norte del resto del país y que es “desconocido o mitificado” (Esquivel 2019a: 387). Este segundo eje fronterizo norte-sur —o más bien norte-resto del país— es tal que a menudo los mexicoamericanos (para designar a quienes viven en la frontera con Estados Unidos y adoptan sus particulares rasgos culturales), en este caso los juarenses, construyen su identidad retratando no únicamente a los anglos como “los otros”, sino también a los propios ciudadanos mexicanos (Vila 1997). Es curioso cómo los juarenses denominan despectivamente a todo mexicano que vive más allá de los límites

del estado de Chihuahua “chilangos”: “Javier regañaba a Angélica y Sara por andar leyendo chismes de celebridades y escuchar música pop. —Es música de chilangos; ustedes son norteñas, no chilangas —las aleccionaba Javier” (Esquivel 2019a: 16). Es histórica en México la lucha entre centralismo y regionalismo; aunque el primero ha dominado por su mayor eficiencia política, la infinidad de identidades diferentes han permitido subsistir culturalmente al segundo:

Si bien la política, las empresas y la cultura se concentran en la capital, e incluso la imagen del mexicano “típico” es reflejo de la idiosincrasia del chilango, las diferentes regiones han conservado, tercamente, fuertes personalidades independientes. [...] Se formuló una cómoda justificación: dado que el regionalismo se podía interpretar como amenaza contra la unidad nacional, había que sofocar la oposición presentada por la provincia contra el grupo gobernante de la ciudad de México. (Riding 1985: 328-329)

A propósito de esto, cabe señalar que mexicanos y estadounidenses pertenecen a sociedades que comparten rasgos y sistemas de clasificación, aunque también difieren en muchos otros aspectos que inciden en las actitudes y los comportamientos cotidianos. Sin embargo, en la frontera estas similitudes y diferencias chocan y se resuelven en un “sentido común inusualmente complejo” (Vila 2000b: 21). Frecuentemente los juarenses consideran que son más las afinidades que comparten con los habitantes de El Paso que con los “chilangos”: “Yo vivo en Juárez y El Paso... como si fuera la misma ciudad. Yo empiezo a marcar la diferencia de Chihuahua hacia el sur y de Las Cruces hacia el norte... si cruzo el puente... entro al centro y veo mucha gente mexicana” (Vila 2000c: 100). Esta afirmación de una entrevistada por Vila esclarece considerablemente la situación identitaria de los mexicanos de frontera, sobre todo con ese peculiar uso del concepto “gente mexicana” del que conscientemente se autoexcluye.

No menos interesante es el acontecimiento del que se hace eco Pablo Vila (2000a: 1-2). Cuando se promulgó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) para mejorar las relaciones entre Estados Unidos y México, la patrulla Fronteriza de Estados Unidos —la llamada “migra”— implementó una estrategia para disuadir la afluencia de inmigrantes mexicanos indocumentados. Esta estrategia de bloqueo obtuvo apoyo unánime de los anglos y mexicoamericanos de El Paso con un 78% a favor por parte de la población hispana. Vila asegura que muchas personas se sorprendieron asumiendo que los mexicoamericanos —muchos de los cuales son migrantes— apoyarían la inmigración por razones étnicas. Por lo tanto, bien podría parecer que el norte mexicano fuera un tercer país en esta histórica rivalidad México-Estados Unidos. Esquivel se ha referido en numerosas ocasiones a la incompreensión que separa esa imaginaria barrera divisoria entre el norte y el resto del país: “Las regiones nos dividen y vemos tanto la política como la sociedad desde una lupa muy diferente. Los norteños están muy pegados a Estados Unidos” (Esquivel 2019b).

A este respecto, en la frontera, mientras México es solo un concepto deudor de un pasado superado, Estados Unidos es una realidad (Riding 1985: 346). Sin embargo, el proceso de construcción identitaria de los norteños —

quienes “no muchos años atrás pegaban en sus autos calcomanías que decían: ‘Haga patria, mate un chilango’” (Vila 2000c: 95)—se complica, pues sobreviven en un clima de rechazo por sus vecinos a cada lado de la frontera. La influencia que los estadounidenses imprimen en los habitantes de Juárez es vista negativamente por los mexicanos del interior, quienes los acusan de haberse “agringado” y “desmexicanizado”, favoreciendo una conquista pacífica del país por Estado Unidos a partir de una absorción cultural (Vila 2000b; 2000c). Por su parte, en el lado estadounidense de la frontera, el norte de México es despreciado como recordatorio constante de la pobreza, la delincuencia y la corrupción (Vila 2000b; 2000c).

Para Riding, la lozana juventud del norte del país como territorio socio-políticamente habitado en los últimos cien años y, precisamente, el hecho de carecer de un pasado hipotecado lo convierte casi en “un país diferente”; mientras que la mayoría de los habitantes de Ciudad de México “siguen hipnotizados por lo antiguo”, “los norteños buscan lo nuevo, adoptan técnicas y actitudes de Estados Unidos” y “sienten que representan al México nuevo” (1985: 339). Este multiperspectivismo en la óptica de la misma realidad se materializa en la novela a través de sus dos protagonistas. El discurso diegético sigue paralelamente a Carolina y a Vicente como un intento evidente por mostrar la dicotomía de perspectivas —interna y externa— en la comprensión del norte por parte de los propios norteños y del resto del país. Ella se convierte en la representación metonímica de “la vida allá”. Pronto debe abandonar su inocencia e internarse en la sordidez de la frontera y en los submundos que entraña para endurecerse y poder sobrevivir. Finalmente logra sentirse juareense como la que más y aceptar sin aspavientos lo que en la urbe sucede. Vicente, por su parte, como reportero chilango, debe superar los obstáculos que se le plantean por el choque de realidades —la suya y la juareense— para lograr exhibir la corrupción del gobierno mexicano que —con sus redes clientelares y el apoyo al narco velado por una supuesta guerra contra el mismo— está emponzoñando las calles de Ciudad Juárez.

Más allá de estas fronteras territoriales y físicas que hacen entender la idiosincrasia de México respecto a Estados Unidos y del norte respecto al resto del país mexicano —por conservar el *statu quo*—, existe un tercer estadio fronterizo que nos permite cartografiar la posición de los mexicanos en un mundo que los (de)limita: la tenue frontera entre la legalidad y la ilegalidad; lo permitido y lo prohibido; lo que se hace a plena luz y lo que se hace en las trastiendas. En la novela, Ciudad Juárez quedaba representada como un ángulo muerto, ajena al poder estatal, a las estructuras e, incluso, a los servicios públicos. Si el Estado es el “gran hermano” que vigila, Juárez se mantiene oculta en una zona donde tal fiscalización fracasa. Evidentemente, la ausencia de seguridad genera el nacimiento de estructuras paraestatales como mecanismo para salvaguardar lo que no deja de ser un problema de penetración del Estado. Esta cuestión ha sido teorizada por Rossana Reguillo (2007) al postular el concepto de “paralegalidad” como expresión de un orden propio sustitutivo del Estado que tiene su origen en aquellos espacios de ambigüedad que precisan de estructuras autónomas

capaces de regular, más allá de los polos de legalidad/ilegalidad, las relaciones sociales.

Sobre la “expansión vertiginosa” de la “esfera paraestatal” nos advierte Rita Laura Segato (2016: 77) en su obra *La guerra contra las mujeres*, centrada precisamente en las conexiones entre debilitamiento del Estado, el neoliberalismo y los feminicidios en Ciudad Juárez. La autora afirma que el auge de las estructuras paraestatales como alternativas de organización se produce como un “proceso de mafialización de la política” que, en cierto sentido, privatiza la represión y el control territorial y social, lo desmonopolizado —por seguir los términos de Weber— y lo convierte en ajeno a todo control democrático. Ahora bien, cabría preguntarse si la motivación real de esta situación es la existencia de rígidas estructuras de poder alternativas previas al Estado (como pudiera ser el narco o en ciertas zonas las tribus o las grandes familias) o, por el contrario, existen otras razones no estructurales por las que el Estado no consigue imponerse.

En cualquier caso, es evidente que la dejación de funciones del Estado mexicano en la frontera convierte a estos territorios en la forma más aproximada al Estado de naturaleza hobbesiano (Ciudad Juárez) en contraposición a la sociedad civil (Ciudad de México), generando así una dualidad en el relato que compone numerosas situaciones lúdicas, pero, a la vez, significativamente críticas: “La Morena tenía los ojos, las habilidades y las mañas necesarios para sobrevivir en una tierra inhóspita y brava como Ciudad Juárez” (Esquivel 2019a: 63). Y es que Ciudad Juárez es un territorio fallido donde los límites que separan legalidad de ilegalidad son difusos, donde el mundo del contrabando (la “fayuca”), liderado por personajes como Lidia y del narcotráfico (la “merca”) de la mano de “movido” como Damián o Fierro forman parte de la más absoluta y rutinaria cotidianidad: “En Juárez no se alarman tanto como nosotros en el resto del país cuando ocurren estas cosas” (Esquivel 2019b).

La constatación de este hecho nos lleva a plantear una realidad mucho más engorrosa y fangosa que funda la verdadera problemática: hasta qué punto México se ha convertido en un Estado fallido gobernado por los narcos. Este gobierno ejemplifica que la presumible barrera que determina lo legalmente aceptado se difumina hasta tal punto que el orden social es el orden del narcotráfico: “Hay gente que te dice que no es malo el narcotráfico [...]. Pero que ayuda a la economía. En Juárez te dicen ‘aquí todo está bien porque el narco está ganando’” (Esquivel 2020). Los narcos están aceptados y son respetados socialmente, mientras que el gobierno no interviene en esa frontera con la que inicialmente nos podríamos aproximar al fenómeno: “Antes de que Juárez fuera el emblema de la descomposición social, del narcotráfico y la violencia relacionada con el trasiego de las drogas, lograba juntar a hijos de narcos locales o a los mismos narcos con la élite de la sociedad juarense” (Esquivel 2019b).

Por lo tanto, esta no-frontera tiene efectos sociales muy notorios que derivan en un evidente problema de construcción del Estado en México y de la propia instauración de México como país. Se trata entonces de un país dividido identitariamente, un país donde el Estado no llega a todos sitios por igual, donde dominan los ángulos muertos y un país que, al fin y al cabo, fracasa porque

expulsa a sus ciudadanos hacia Estados Unidos. En definitiva, podemos decir que la cuestión ciudadjuarense es la cristalización de los problemas de construcción del Estado en un México doblemente fallido: en primer lugar, porque no logra controlar la totalidad del territorio, pero, por otro lado, porque la propia estructura del Estado está corrupta. La esencialidad radica en la constatación de un hecho: si el estado, garante de la legalidad y la seguridad, está corrupto, entonces ¿quién define y garantiza la difusa frontera entre lo legal y lo ilegal? Este imperio del “todo vale” es, sin duda, la gran denuncia de Esquivel en la novela: “En esa frontera, los juarenses dicen desconocer los imposibles. ‘¡Con dinero todo se puede!’ es el lema más popular de Juárez” (Esquivel 2019a: 56).

En el mismo sentido y, en consecuencia, el negocio de la “fayuca”, el de la “merca” y la prostitución han constituido procesos que han transformado paulatinamente Ciudad Juárez en un territorio donde lo socialmente lícito domina a lo formalmente ilegal. Como espacio político emergente de interacción entre la autoridad política —legal y formal— y la autoridad social no formal, la ciudad se aproxima más al concepto de lo ilícito que proponen Abraham y Schendel como aquellas “actividades legalmente rechazadas pero valoradas y protegidas socialmente” (2005: 22). Cuando elegimos la nomenclatura que distingue lo lícito de lo ilícito nos referimos en menor medida a la ley que a las percepciones sociales de las actividades socialmente definidas como criminales (Abraham y Schendel 2005).

Como resultado del debilitamiento de los organismos del Estado y de la corrupción estructural e institucionalizada, durante los últimos años del sexenio de Vicente Fox (2000-2006), ya “la violencia generada por los cárteles se había convertido en el principal problema de seguridad del país” (Rosen y Zepeda Martínez 2015: 158). Sin embargo, no podemos hablar únicamente de un problema de seguridad nacional, sino que, por el contrario, afecta directamente a la seguridad de los individuos. Durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012) como presidente de México las más de 70.000 personas ejecutadas de forma violenta obligaron a la instauración de una guerra frontal contra el narcotráfico, aunque los resultados fueran un completo fracaso, pues el número de cárteles se multiplicó y el trasiego de las drogas continuó (Rosen y Zepeda Martínez 2015). Esta estrategia contra el crimen organizado que dominaba las plazas y las instituciones públicas del norte de México se convirtió en el principal objetivo de su administración llegando a recibir ayuda de Estados Unidos en la militarización de la ofensiva con la implementación de una iniciativa de cooperación llamada en un primer momento “Plan México” y más tarde “Iniciativa Mérida” (IM) (Rosen y Zepeda Martínez 2015).

El planteamiento de la iniciativa se supedita como consecuencia y efecto a una situación de debilidad y de corrupción tanto de las instituciones públicas como de las estructuras de poder que en la novela se materializan en figuras como el aduanero corrupto que cobra comisiones en metálico o “con cuerpo” o el gobernador de Chihuahua, Mauricio Martínez: “Antes de que los de Sinaloa les arrebataran la plaza a los de Juárez, el gobierno de Martínez y casi todos los presidentes municipales del estado cobraron muchos dólares a malandros

como Fierro” (Esquivel 2019a: 291). La justificación de la intervención militar en la ofensiva parte de la corrupción policial y de las relaciones de la clase política con los cárteles. Detrás de esta fallida guerra se esconde, por tanto, la crónica de la debilidad del Estado en México, incapaz de imponer la ley a sus propios funcionarios hasta el punto de que el narcotráfico, nace apegado al poder político —bajo la figura de los gobernadores— y se desarrolla “por medio de instituciones y mediadores estructurales que sirvieron de vínculo entre el narco y el poder político”, como es el caso de la Dirección Federal de Seguridad y la Policía Judicial (Morales Oyarvide 2011: 12).

Durante el sexenio de Felipe Calderón, Ciudad Juárez fue el epicentro de la violencia del crimen organizado y uno de los puntos donde se registraron los más altos índices de homicidios, extorsión y secuestros (Rosen y Zepeda Martínez 2015; Bowden 2010). Esquivel se hace eco en la novela de un terrible suceso que tuvo lugar en 2013 cuando once estudiantes fueron secuestrados en una discoteca; sus cadáveres aparecieron a las afueras de la ciudad meses más tarde: “El narcotráfico del norte del país, en contubernio con las autoridades locales, mató a unos jóvenes en una discoteca de Morelia porque sus padres se negaron a vender sus terrenos para la siembra de amapola y mariguana” (Esquivel 2019a: 183). Durante el periodo en Los Pinos de Enrique Peña Nieto (2012-2018) la Guerra contra el Narcotráfico continuó sin resultados evidentes. En este tiempo, la lucha de los cárteles por el control de las plazas y las rutas de distribución de la droga se endureció. Mediante una obvia referencia a ambos sexenios conjugados en la ficticia figura del presidente Enrique Calderón Nieto, la ficción de Esquivel se atreve a acusar a su gobierno de apoyo a unos y otros cárteles siguiendo intereses partidistas: “El gobierno es el culpable de este desmadre que hay por todo el país. Está apoyando a los de Sinaloa en el negocio. [...] Por su parte, la PGR negó los nexos del gobierno con el Cártel de Sinaloa y sus sicarios [...], a los que envió para apoderarse de la plaza de Juárez” (Esquivel 2019a: 232).

En definitiva, se comprueba hasta qué punto es triple la línea fronteriza que cada día miles de norteamericanos deben superar y cuyas vidas (de)limita en esa Ciudad Juárez que “hacia el norte cruza el Bravo y entra en El chuco, y hacia el sur expone metro a metro las diferencias económicas, culturales y sociales entre México y Estados Unidos” y “donde nada es fácil, nada es gratis, y hay que preservar el pellejo a costa de lo que sea” (Esquivel 2019a: 105, 110).

3. “TERRA NULLIUS”. LA ESCRITURA FRONTERIZA

Para comenzar con este apartado, se debe distinguir, como propone Tabuenca Córdoba (1997), entre dos formas de escritura fronteriza: el enfoque crítico y experiencial chicano o no norteamericano *sobre* la frontera —representado por autores como Gloria Anzaldúa o recientemente por Esquivel— y la literatura *desde* la frontera (Tabuenca Córdoba 1997: 86). Este segundo enfoque no ve la frontera tan solo como “espacio de una nueva producción cultural y de un nuevo mestizaje” propio de un estado de crisis identitaria, sino más bien como “límite

geopolítico y como margen o periferia de una cultura e identidades nacionales” (Ábrego 2011: 50).

Asumida esta diferencia, sociológica y lingüísticamente, la vida en la frontera plantea numerosos e interesantes retos en la medida en que en ella se generan cuestionamientos sobre lo socialmente considerado lícito, los usos lingüísticos disímiles, así como las políticas nacionales e internacionales puestas en marcha (Saleme de Dip 2010: 50). Si para la antropología un lugar es “un espacio fuertemente simbolizado” —es decir, “un lugar en el cual podemos leer en parte o en su totalidad la identidad de los que lo ocupan, las relaciones que mantienen y la historia que comparten”—, la frontera se acercaría más a los llamados “no-lugares”, en los que tal lectura no es posible (Augé 1999: s/p).

En la vida fronteriza se dan una serie de condiciones especiales que permiten la aparición de fenómenos que carecerían de sentido fuera de estos términos. No son lugares donde acontecen relaciones sociales duraderas y, por ende, su definición está en función de quienes viven en ellos (Augé 1999). Los complejos procesos de integración social (migración, contrabando, trasiego de drogas, prostitución, pobreza) que en ellos se elaboran favorecen la constitución de un sistema basado en el consumo y, en última instancia, una feroz lucha por el desarrollo del mercado interno. La frontera se erige así en un “centro desarticulado” que sustituye lugares de encuentro tradicionales (como las plazas o las iglesias) por otros semiprivados (como los barrios) que incentivan el consumo, el individualismo e, incluso, la inseguridad (Rodríguez Ortiz 2008; García-Canclini 1997).

A pesar de todo, si un concepto se torna absolutamente esencial en *Tu cabello es la frontera*, ese es sin duda el de “vida fronteriza”. Tal noción implica dos aspectos que se encuentran fuertemente imbricados. Por una parte, desarrollan dinámicas de vida que son específicas de estos territorios —delincuencia, marginalidad, migración, grandes bolsas de población no nativas, mestizaje étnico, identidades dispersas, kilómetro cero de conflictos—, mientras que, por otra, suponen desarrollos aparentemente prósperos y dinámicos. En la frontera, las cosas se encuentran en continuo movimiento motivadas por la existencia de numerosos procesos económicos y sociales que, no obstante, no necesariamente significan progreso.

En la novela, Esquivel ha pretendido mostrar la frontera también como un “territorio retórico” que, pese a su fragmentación, supone el reconocimiento “en el idioma del otro, y hasta en los silencios”:

Es, en resumen, un universo de reconocimiento, donde cada uno conoce su sitio y el de los otros, un conjunto de puntos de referencias espaciales, sociales e históricos: todos los que se reconocen en ellos tienen algo en común, comparten algo, independientemente de la desigualdad de sus respectivas situaciones. (Augé 1999: s/p)

Si nos situamos en los bordes de la lengua, precisamente, existen posibilidades para identificar expresiones artísticas propias de la zona que supongan signos identitarios ajenos a la pretendida centralización: “Resultaba fácil identificar a los hombres y mujeres que no eran juarenses: al hablar no arrastraban la s ni

cambiaban la ch por una s que los juarenses pronuncian raspada: ‘Pos qué shin-gados’, por ejemplo” (Esquivel 2019a: 44).

La vida en la frontera requiere de una mayor aproximación a la cultura posmoderna por su condición de “cruce de elementos en movimiento” y de “lugar practicado” (Rodríguez Ortiz 2008; Augé 1999). En este sentido, un acercamiento desde la óptica de la posmodernidad a la poliédrica realidad de la frontera nos permite romper con las características de las identidades que la modernidad condenaba al estatismo y que eran, casi siempre, monolingües. En la novela este cruce de realidades dentro de las propias fronteras estatales de México da lugar a situaciones cómicas motivadas por la incompreensión entre chilangos y nortños: “Champurrado, champurrado, Vicente; no es lo mismo que atole”; “—¿Qué es un refresco? —Una soda, menso; así les dicen los chilangos a las sodas —dijo otro de los niños, corrigiendo al ignorante en modismos del idioma español en México” (Esquivel 2019a: 26; 226).

En un territorio impreciso y oscilante a caballo entre dos grandes marcos de significación como son México y Estados Unidos, ciudades fronterizas como Juárez sirven a escritores como Esquivel a modo de laboratorios en que experimentar con la multiplicidad de articulaciones culturales que en ella se generan y elaborar su relato. Las sociedades fronterizas como tema narrativo de referencia obligada para todos los artistas que “escriben en y desde la línea” ayudan a delimitar el imaginario social de los sujetos “que viven al margen de la cultura que los ha orillado a defender sus propios valores culturales, sociales y políticos”, como también les empujan a “crear otros que los representen como sociedad liminal” (Rodríguez Ortiz 2008: 129). Estas ciudades, por aglutinantes, se vuelven más complejas e impersonales, favoreciendo un exacerbado individualismo como himno de vida que destaca en su descripción en tanto que territorios retóricos en la escritura sobre y en la frontera: “Aquí en la frontera hay que tener los ojos bien abiertos y la navaja en la mano. Nunca sabes en qué momento alguien va a querer fregar” (Esquivel 2019a: 99). El “sálvese quien pueda” es el lema para la supervivencia en la frontera juarense descrita por Esquivel, donde se vive “al filo de la navaja” (Esquivel 2019a: 385).

La performatividad del espacio urbano con que se representa la trama de la obra muestra las múltiples ópticas a partir de las cuales se generan imágenes utilizadas por los personajes para categorizar y narrar a los Otros y a sí mismos (Vila 2000c: 96). Este tránsito entre lo inalterable y lo efímero de la vida en la frontera —como no-lugares en los que el tiempo parece estancarse, con rutinas inamovibles, y que, a la vez, implican el dinamismo de los procesos que en ella se generan— propicia el conflicto que sustenta la obra. Resulta, a este respecto, magistralmente interesante la frase final de Carolina que supone el broche de oro a la novela: “Ella era de la frontera y una vieja cabrona que no se doblegaría por nada y ante nadie, y menos por enamoramiento de un ‘pinshi bato chilango’ [...] y esa noche utilizó al gringo para demostrarse a sí misma la presencia de esa frontera que nunca podría cruzar” (Esquivel 2019a: 386). La vida de personas que cada día deben mantenerse casi acrobáticamente “sobre la raya” para sobrevivir en esa tierra de nadie —donde las estructuras paraestatales y la ley del más

fuerte rige la oportunidad de medrar y de desarrollo personal— debe recubrirse por momentos de una coraza protectora. Carolina rehúsa cruzar la frontera del amor que supondría salir del individualismo egoísta que determina sus relaciones sociales por las especiales circunstancias que la han abocado a la lucha por la supervivencia. Y es que, así como Ciudad Juárez es la verdadera protagonista de la novela, Carolina es el epítome de lo que entre sus muros sucede. Ella, como la ciudad, sufre abruptos procesos transfronterizos: de niña recta y formal, Carolina traspasa la frontera hacia lo sórdido, hacia el oscuro mundo de la fayuca y del narco; de vida adolescente a vida adulta, pero, además, se la empuja brutalmente a cruzar la frontera de la sexualidad con una violación que endurecerá su carácter. Estas circunstancias simbólicas y performativas abren un debate crítico sobre la historia de las fronteras como zonas de separación y contacto, pero también de confrontación, como territorios fijos o cambiantes; de inclusión y exclusión; garantes de la continuidad o de la fragmentación que, en la literatura, crean un poderoso sitio de invención retórica.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La triple raya que Esquivel nos presenta en su novela marca los límites que condicionan la vida de los juarenses: su cercanía y a la vez su distanciamiento con Estados Unidos; la historia que los une y los diferencia del resto de los mexicanos y, por supuesto, la fina línea entre legalidad e ilegalidad en un territorio donde el verdadero gobierno es el de los narcos. Y es que, como un cabello, así de delgada es la línea que separa lo socialmente lícito de lo formalmente ilegal, lo que se hace a plena luz y lo que sucede en las trastiendas de los centros comerciales en “la vida allá” para los norteños.

Los personajes de Esquivel avanzan como dos acróbatas sobre el cable tenso. En la frontera, los límites son porosos, la distancia entre la vida y la muerte apenas se puede medir y el caos es el único orden reconocido. En una tierra que por momentos se asemeja a las aguas internacionales —un espacio de indefinición identitaria y legal—, los habitantes de Juárez se convierten en un exponente internacional de la vida fronteriza, la vida entre dos mundos que no termina de sentirse parte de ninguno y que, justo por eso, desarrolla una esencia propia más allá de todo espacio reconocido.

Como una raya de cocaína, los caprichos arbitrarios de la geopolítica crean entornos de paso, euforias efímeras, lugares que se convierten en etapas necesarias para un objetivo mayor. ¿Cómo vivir en una ciudad pendiente de sus laterales, de sus adyacencias? Los personajes responden con un ir y venir incesante desde lo prohibido a lo legal, desde lo lícito a lo ilícito, desde lo propio a lo extraño. La raya como espacio habitable provoca sensuales contorsiones que seducen y tientan. La fina línea con la que todos deben lidiar a diario, a veces subrayada, a veces borrada, evoca sistemas de impugnación. Y esta es la verdadera belleza de la frontera: su razón inconmensurable, su inaprensible cotidianidad, su carácter escurridizo.

En la obra analizada se intuye una verdadera “novela atmosférica” de fundamentación etnográfica centrada en el conflicto de identidades fronterizas. Su

principal valor narrativo no se encuentra en la trama concreta —micro— de cada personaje —en su relato de vida—, sino que, al tratarse de un relato de costumbres, los personajes son capaces de ser representativos tipológicamente de una realidad todavía inhóspita, de tal forma que la lectura de la novela, al menos como acercamiento, sirve para la comprensión de los significados en disputa (siquiera a partir del combate léxico) y de las condiciones ambientales que vinculan la vida diaria de los juarenses y la propia percepción de Ciudad Juárez a uno y otro lado. Si bien algunas críticas la han calificado apresuradamente como “narcovel”, en la intención de Esquivel parece estar más la creación de un relato periodístico descriptivo que valorativo o estereotipado.

OBRAS CITADAS

- Abraham, Itty y Willem van Schendel (2005). “Introduction. The Making of Illicitness”, in *Illicit flows and criminal things. States, Borders, and the Other Side of Globalization*, ed. Itty Abraham y Willem van Schendel. Indiana: Indiana University Press, 1-37. <https://doi.org/10.9783/9780812200997.1>
- Ábrego, Perla (2011). “La frontera como sistema simbólico en la literatura mexicana contemporánea”. *Revista Surco Sur*, 2(3): 47-52. <https://doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.13>
- Anzaldúa, Gloria (2016). *Borderlands. La frontera*, trad. Carmen Valle. Madrid: Capitán Swing.
- Augé, Marc (1999). “Sobremodernidad, del mundo de hoy al mundo de mañana”. *Revista mensual de política y cultura*, 129. <<https://asodea.files.wordpress.com/2009/09/auge-marc-sobremodernidad.pdf>> (20 de febrero de 2021).
- Balibar, Étienne (2002). *Politics and the Other Scene*. Londres: Verso.
- Bowden, Charles (2010). *Murder City: Ciudad Juárez and the Global Economy's New Killing Fields*. Nueva York: Nation Books.
- Chávez, Karma R. (2012). “Border Interventions: The Need to Shift from a Rhetoric of Security to a Rhetoric of Militarization”, in *Border Rhetorics. Citizenship and Identity on the US-Mexico Frontier*, ed. Robert DeChaine. Tuscaloosa: The University of Alabama Press, 48-64.
- Cota Torres, Édgar (2008). “Disipando el mito fronterizo: la ‘leyenda negra’ en la frontera norte de México y en ‘Todos los barcos’ de Luis Humberto Crosthwaite”. *South Atlantic Review*, 73(1): 106-117.
- DeChaine, Robert (2012). “Introduction. For Rhetorical Border Studies”, in *Border Rhetorics. Citizenship and Identity on the US-Mexico frontier*, ed. Robert DeChaine. Tuscaloosa: The University of Alabama Press, 1-15.
- Esquivel, J. Jesús (2019a). *Tu cabello es la frontera*. Barcelona: Grijalbo.
- Esquivel, J. Jesús (2019b). “‘Tu cabello es la frontera’, primera novela de J. Jesús Esquivel”. *Proceso*. <<https://www.youtube.com/watch?v=stYPOT6LkJE>> (22 de febrero de 2021).
- Esquivel, J. Jesús (2020). “‘Tu cabello es la frontera’ - Entrevista crítica con J. Jesús Esquivel”. *RompevientoTV*. <<https://www.youtube.com/watch?v=oToPw95Ng4s>> (30 de febrero de 2021).

- García-Canclini, Néstor (1997). "Arte desurbanizado, desinstalaciones fronterizas", in *Fugitive Sites. New Contemporary Art Projects for San Diego-Tijuana*, ed. Sally Yard. México: inSite97, 38-49.
- Garduño, Everardo (2003). "Antropología de la frontera, la migración y los procesos transnacionales". *Frontera Norte*, 15(30): 65-90. <https://doi.org/10.17428/rfn.v15i30.1511>
- Mbembe, Achille (2006). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mezzadra, Sandro y Brett Neilson (2017). *La frontera como método*, trad. Verónica Hendel. Madrid: Traficante de Sueños.
- Morales Oyarvide, César (2011). "El fracaso de una estrategia: una crítica a la guerra contra el narcotráfico en México, sus justificaciones y efectos". *Nueva Sociedad*, 231: 4-13.
- Reguillo, Rossana (2007). "Invisibilidad resguardada: violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso". *Revista Crítica Cultural*, 36: 6-13.
- Riding, Alan (1985). *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos*, trad. Pilar Mascaró. Barcelona: Joaquín Mortiz / Planeta.
- Rincones, Rodolfo (2004). "La frontera México-Estados Unidos: Elementos básicos para su comprensión". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 6(11): 62-70.
- Rodríguez Ortiz, Roxana (2008). "Disidencia literaria en la frontera México-Estados Unidos". *Andamios*, 5(9): 113-137. <https://doi.org/10.29092/uacm.v5i9.291>
- Rodríguez Ortiz, Roxana (2014). *Epistemología de la frontera. Modelos de sociedad y políticas públicas*. México: Ediciones y gráficos Eón.
- Rosen, Jonathan Daniel y Roberto Zepeda Martínez (2015). "La guerra contra el narcotráfico en México: Una guerra perdida". *Reflexiones*, 94(1): 153-168. <https://doi.org/10.15517/rr.v94i1.20889>
- Saleme de Dip, Cecilia (2010). "Fronteras líquidas entre México y Estados Unidos". *Digilenguas*, 6: 50-57.
- Segato, Laura (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Tabuenca Córdoba, María Socorro (1997). "Aproximaciones críticas sobre las literaturas de las fronteras". *Frontera Norte*, 9(18): 85-110.
- Torres Sauchett, Martín (2011). "La ciudad fronteriza de Luis Humberto Crosthwaite en Estrella de la calle sexta e Instrucciones para cruzar la frontera". *Connotas. Revista de crítica y teoría literarias*, 12: 9-26. <https://doi.org/10.36798/critlit.v0i12.137>
- Vila, Pablo (1997). "Narrative Identities: The Emplotment of the Mexican on the U.S.— Mexico Border". *The Sociological Quarterly*, 38(1): 147-183. <https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.1997.tb02343.x>
- Vila, Pablo (2000a). "Introduction", in *Crossing Borders, Reinforcing Borders. Social Categories, Metaphors, and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*, ed. Pablo Vila. Texas: The University of Texas Press, 1-20. <https://doi.org/10.7560/787391-004>
- Vila, Pablo (2000b). "The Mexican Side: Discourses of Region", in *Crossing Borders, Reinforcing Borders. Social Categories, Metaphors, and Narrative Identities on the U.S.-Mexico Frontier*, ed. Pablo Vila. Texas: The University of Texas Press, 21-50. <https://doi.org/10.7560/787391-005>
- Vila, Pablo (2000c). "Tropos identitarios en la frontera de México/Estados Unidos". *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 2(3): 89-111.